

ESPRONCEDA, JOSÉ DE (1808 - 1842)

POESÍAS SELECCIÓN

ÍNDICE

A ***

(Dedicándole estas poesías)

A una dama burlada

A la noche

Romance

El pescador

Óscar y Malvina

Imitación del estilo de Ossian

Al sol

Himno

La cautiva

Canción del pirata

El canto del cosaco

El mendigo

El reo de muerte

El verdugo

A la muerte de Torrijos y sus compañeros

Soneto

A la muerte de don Joaquín de Pablo (Chapalangarra)

Despedida del patriota griego de la hija del apóstata

¡Guerra!

A la patria

Elegía

Soneto

A una estrella

A Jarifa en una orgía

A ***

(Dedicándole estas poesías)

Marchitas ya las juveniles flores,

Nublado el sol de la esperanza mía,

Hora tras hora cuento y mi agonía
Crecen y mi ansiedad y mis dolores.

Sobre terso cristal ricos colores,
Pinta alegre tal vez mi fantasía,
Cuando la triste realidad sombría
Marcha el cristal y empaña sus fulgores.

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira entorno indiferente el mundo,
Y entorno gira indiferente el cielo.

A ti las quejas de mi mal profundo,
Hermosa sin ventura, yo te envío:
Mis versos son tu corazón y el mío.

Serenata
Delio a las rejas de Elisa
Le canta en noche serena
Sus amores.

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena
Por las flores.

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando
Tan sonoro,

Le dice Delio a su hermosa
En cantilena amorosa:
«Yo te adoro».

En el regazo adormida
Del blando sueño, presentes
Mil delicias,

En tu ilusión embebida,
Feliz te finges, y sientes
Mis caricias.

Y en la noche silenciosa
Por la pradera espaciosa
Blando coro

Forman, diciendo a mi acento,

El arroyuelo y el viento:
«Yo te adoro».

En derredor de tu frente
Leve soplo vuela apenas
Muy callado,

Y allí esparcido se siente
Dulce aroma de azucenas
Regalado,

Que en fragancia deleitosa
Vuela también a la diosa
Que enamoro,

El eco grato que suena
Oyendo mi cantilena:
«Yo te adoro».

Del fondo del pecho mío
Vuela a ti suspiro tierno
con mi acento;

En él, mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno,
Que yo siento.

Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De ti imploro

Que le escuches con ternura,
Y le oirás cómo murmura:
«Yo te adoro».

Despierta y el lecho deja:
No prive el sueño tirano
De tu risa

A Delio, que está a tu reja,
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.

Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;

Sal, que gentil enramada
Dice a tu puerta enlazada:
«Yo te adoro».

Londres,

A UNA DAMA BURLADA

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creéis que basta el vellos
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos queréis;
Si tanto ingenio tenéis
Que entretenéis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes?

Pusiste gesto amoroso
Al primero;
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero,

Y con doloso
Sortilegio en tu prisión
Entró un tercer corazón;
Viste a tus pies tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.

¡De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
O ya hablabas
De amor, o dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
A un tiempo los tres galanes,
Sin saberlo tú, leían
Que mentían

Tus afanes.

Ellos de ti se burlaban;
Tú reías;
Ellos a ti te engañaban,
Y tú, mintiendo, creías
Que te amaban:
Decid, ¿quién aquí engañó?

¿Quién aquí ganó o perdió?
Sus deseos tus galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú, fallidos,
Tus afanes.

A LA NOCHE (Romance)

Salve, oh tú, noche serena,
Que al mundo velas augusta,
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.

El arroyuelo a lo lejos
Más acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.

Melancólico rüido
Del mar las olas murmuran,
Y fatuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.

El majestüoso río
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa.

Al aprisco sus ovejas

Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.

En sus hogares le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena, preparada
Sin sobresalto ni angustia.

Todos süave reposo
En tu calma, ¡oh noche!, buscan,
Y aun las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.
¡Oh qué silencio! ¡Oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!

Del mustio agorero búho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.

Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbra,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.

Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pura.

Deslízase manso el río
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,
Que, terso espejo, relumbran.

Al blando batir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco

Al plácido rayo cruza.

El ruiseñor a su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques
Dice él solo sus ternuras.

Tal vez de algún caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entreclarear la luna.

Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudan,
Y las hojas que los quiebran,
Hacen que tímidos luzcan.

Ora la brisa süave
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.

Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula
Algún lánguido sonido,
Que otro a imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algún murmullo se juntan
Tal vez, haciendo más grata
La faz de la noche augusta.

¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en ti su consuelo buscan.

EL PESCADOR

Pescadorcita mía,
Desciende a la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,

Te canta su cuidado,
Cual nunca enamorado
Tu tierno pescador.

La noche el cielo encubre
Y acalla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
También en calma está:
A mi batel desciende,
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.

Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles
El ámbar y las mieles
Que vierten libaré.

La mar adentro iremos,
En mi batel cantando
Al son del viento blando
Amores y placer;
Regalarete entonces
Mil varios pececillos
Que al verte, simplecillos,
De ti se harán prender.

De conchas y corales
Y nácar a tu frente
Guirnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;
Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En ti, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;
Y sílfidas y ondinás
Por reina de los mares

Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

Ven ¡ay! a mi barquilla,
Completa mi fortuna;
Naciente ya a la luna
Refleja el ancho mar;
Sus mansas olas bate
Süave, leve brisa;
Ven ¡ay! mi dulce Elisa,
Mi pecho a consolar.

ÓSCAR Y MALVINA
(Imitación del estilo de Ossián)

(A tale of the times of old)

LA DESPEDIDA
Magnífico Morvén, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada;
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con ímpetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira de Ossián resonó un día
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste
Su acento de dolor lánguido y dulce,
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando guerra
Al rumor del torrente parecía,
Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual muda la ribera
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Ossián? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,
O en el collado gira allá en la noche
Vagorosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,

Y oigo el nombre de Óscar y de Malvina
Del aura entre el rüido,
Si el alta copa del ciprés inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal cubierto
De innoble musgo y yerba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Do las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Do de Carril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Moina desconsolada?
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Óscar: tiernos se amaron,
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Óscar de negros ojos, en las paces
Dulce su corazón como los rayos
Del astro bello precursor del día,
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguía
La muerte que vibraba su pujanza.
Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traía,
Y su Malvina hermosa
Tierno llanto vertiendo le decía:
«¿Dónde marchas, Óscar? Sobre las rocas,
Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No más fatigaré vibrando el arco
Por el monte las fieras,
Ni a ti cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oír ya más la voz de tus amores,
Ni mi alma estará nunca gozosa.
'¿En dónde está mi Óscar?' a los guerreros
Preguntaré anhelante,
Y ellos pasando junto a mí ligeros
Responderán: '¡Murió!'». Dice, y expira
En sollozos su acento más süave

Que del arpa el sonido,
al vislumbrar la luna
En solitario bosque y escondido.
«Destierra ese temor, Malvina mía
-Óscar responde con fingido aliento-;
Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el Fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso también; mas tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina
Himnos el barco a eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso
Allá en la noche fría
Bajaré a tu mansión; verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría».
Y dice y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina;
A pasos rapidísimos avanza,
Y a la llama oscilante
De las hogueras del extenso campo
Brillar se ven sus armas cual radiante,
Rápida exhalación. Yace en silencio
El campamento todo,
Y sólo al eco repetir se siente
El crujir al andar de su armadura
Y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envía
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida
Pardo vellón de nube la arrebató,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando;
Así a veces Óscar brilla y se pierde,
La selva atravesando.

EL COMBATE

Cairvar yace dormido
Y tiene junto a sí lanza y escudo,
Y relumbra su yelmo
Claro a la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él a cenizas reducido.
«Levántate, Cairvar -Óscar le grita-;
Cual hórrida tormenta

Eres tú de temer, mas yo no tiemblo:
Desprecio tu arrogancia y osadía;
La lanza apresta y el escudo embraza,
Álzate pues, que Óscar te desafía.»
Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nube
La turbulenta mar de espanto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.
«¿Quién osa del valiente
-En voz tronante grita-
Ora turbar el sueño, y quién irrita
La cólera a Cairvar armipotente?»
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirrolladas olas
-Óscar de negros ojos le responde-,
.....
.....
Hará ceder tu indómita pujanza.»
Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetuoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.
Chispea el hierro, la armadura suena:
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su son, dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza,
Y su insolente orgullo y aspereza.
Mas ¡ay! que moribundo
Óscar yace también: ¡triste Malvina!
Aún no los bellos ojos apartaste
Del bosque aquel que le ocultó a tu vista,
Y del último adiós aún no enjugaste
Las lágrimas hermosas,
Tú más dulce a tu Óscar que las sabrosas
Auras de la mañana,
Siempre sola estarás; si entre las selvas
Pirámide de hielo
Reverbera a la luna,
En tu ilusión dichosa

Figurarás tu amante,
Pensando ver su cota fulgurosa;
Pasará tu delirio
Y verterás al llanto de amargura
Sola y desconsolada...
«¡Ay! ¡Óscar pereció!», gemirá el viento
Al romper la alborada,
Y al ocultar el sol la sombra oscura
De la noche callada.

AL SOL (Himno)

Para y óyeme ¡oh Sol! yo te saludo
Y estático ante ti me atrevo a hablarte;
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas a ti sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol!, a ti llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
Diera también su ardor a mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos
Mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te vía
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente,
Que ciñe el rico en perlas Oceano,
Al término asombroso de Occidente
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía

Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo.
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculo se mecen,
Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero,
Y a mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad; retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra;
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como Señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engréías,
Y a otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y tornan otra vez a sucederse;
Mientras inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso dominando?
No, que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!
Goza tu juventud y tu hermosura
¡Oh sol!, que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre Soberano,
Y allá a la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre, y sepultado
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá. Noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre;
¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!

LA CAUTIVA

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave a su nido vuela,
Busca asilo el trovador.
Todo calla: en pobre cama
Duerme el pastor venturoso;
En su lecho suntüoso
Se agita insomne el señor.

Se agita, mas ¡ay! reposa
Al fin en su patrio suelo;
No llora en mísero duelo
La libertad que perdió.

Los campos ve que a su infancia
Horas dieron de contento,
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas,
Al cabo cadenas son.
Si acaso triste lamenta,
En torno ve a sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,
Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar;
Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra a reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima extraño respiro,
Y amo a un extraño también;
No hallan mis ojos mi patria;
Humo han sido mis amores;
Nadie calma mis dolores,
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? ¿Llorar?... No puedo,
Ni ceder a mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.
Supe amar como ninguna,
Supe amar correspondida;
Despreciada, aborrecida,
¿No sabré también odiar?

¡Adiós, patria!, ¡adiós, amores!
La infeliz Zoraida ahora
Solo venganzas implora,
Ya condenada a morir.
No soy ya del castellano

La sumisa enamorada:
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir.

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa, a toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantín:
Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo el mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;
Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, a otro Europa,
Y allá a su frente Estambul.

«Navega, velero mío,
Sin temor,
Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.

»*Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»Allá muevan feroz guerra
Ciegos Reyes
Por un palmo más de tierra,
Que yo aquí tengo por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
A quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa,
Sea cualquiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho
Y dé pecho
A mi valor.

*»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»A la voz de '¡barco viene!'
Es de ver
Cómo vira y se previene
A todo trapo a escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual.
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

*»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»¡Sentenciado estoy a muerte!
Yo me río;
No me abandone la suerte,

Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo,
Sacudí.

*»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.*

»Son mi música mejor
Aquilones,
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del ronco mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.»

*»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley, la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.»*

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los pies
no vuelve a nacer yerba.

Palabras de Atila.

CORO

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

¡Hurra! ¡A caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, a combatir volad;
¿Veis esas tierras fértiles? Las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí;
Son sus hembras celestes serafines,
Su sol alumbra un cielo de zafir.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y ese sol;
Son sus soldados menos que mujeres.
Sus reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! Volad, sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus pies.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes
Cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! ¡Volad a hartar nuestros deseos!
Las más hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;*

*Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

Desgarraremos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su ración;
En sangre empaparemos nuestra ropa,
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Regias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

Venid, volad, guerreros del desierto,
Como nubes en negra confusión,
Todos suelto el bridón, el ojo incierto,
Todos atropellándoos en montón.
Id en la espesa niebla confundidos,
Cual tromba que arrebató el huracán,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñadas van.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar a una imperial ciudad;
Un sol más puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro de cristal.
Vadearon el Tíber sus bridones,
Yerta a sus pies la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse

Hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse
Visiones mil que el parabién nos dan?
Escudo de esas míseras naciones
Era ese muro que abatido fue;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?
¿Quién puso fin a sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?
¡Hurra, cosacos! ¡Gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! Nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta ración de carne cruda
Bajo la silla sentiréis hervir.
Y allá después en templos suntuosos,
Sirviéndonos de mesa algún altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín;
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

Y nuestras madres nos verán triunfantes,
Y a esa caduca Europa a nuestros pies,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo a contemplar un rey.
Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,

Las coronas de Europa heredarán,
Y a conquistar también otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.

*¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín,
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.*

EL MENDIGO

*Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

El palacio, la cabaña
Son mi asilo,
Si del ábrego el furor
Troncha el roble en la montaña,
O que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y a la hoguera
Me hacen lado
Los pastores
Con amor,
Y sin pena
Y descuidado
De su cena
Ceno yo.
O en la rica
Chimenea,
Que recrea
Con su olor,
Me regalo
Codicioso
Del banquete
Suntuoso
Con las sobras
De un señor.

Y me digo: el viento brama,
Caiga furioso turbión;

Que al son que cruje de la seca leña,
Libre me duermo sin rencor ni amor.

*Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

Todos son mis bienhechores,
Y por todos
A Dios ruego con fervor;
De villanos y señores
Yo recibo los favores
Sin estima y sin amor.
Ni pregunto
Quiénes sean,
Ni me obligo
A agradecer;
Que mis rezos
Si desean,
Dar limosna
Es un deber.
Y es pecado
La riqueza,
La pobreza
Santidad;
Dios a veces
Es mendigo,
Y al avaro
Da castigo
Que le niegue
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mías sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.

*Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

Mal revuelto y andrajoso,
Entre harapos
Del lujo sátira soy,

Y con mi aspecto asqueroso
Me vengo del poderoso,
Y a donde va tras él voy.

Y a la hermosa
Que respira
Cien perfumes,
Gala, amor,
La persigo
Hasta que mira,
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,
Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi voz:

Mostrando cuán cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena
Que no transpire en el medio del placer.

*Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

Y para mí no hay *mañana*,
Ni hay *ayer*;
Olvido el bien como el mal,
Nada me aflige ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.
Vivo ajeno
De memorias,
De cuidados
libre estoy;
Busquen otros

Oro y glorias,
Yo no pienso
Sino en hoy.
Y do quiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes den;
Yo soy pobre,
Y al mendigo,
Por el miedo
Del castigo,
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar.

*Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo;
Todos se ablandan, si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.*

EL REO DE MUERTE

*Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!!!*

I

Reclinado sobre el suelo
Con lenta amarga agonía,
Pensando en el triste día
Que pronto amanecerá,
En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo,
Y la enlutada capilla
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral,

Y junto al mísero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En son confuso rezar.

El rostro levanta el triste
y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad:
¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor o de amargura?
¡Ay!, ¡a aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un joven y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y a par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazón en su pecho
Siente con fuerza latir,
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme a su lado,
Y que, ya viejo y postrado,
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor a deshora
Rompe el silencio? Resuena
Una alegre cantilena
Y una guitarra a la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y también pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,

Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desorden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de lejos arrojadas
De la mansión infernal.
Y también pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!*

¡Maldición! Al eco infausto
El sentenciado maldijo
La madre que como a hijo
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago día
Y la hora en que nació.

II

Serena la luna
Alumbra en el cielo,
Domina en el suelo
Profunda quietud;
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laúd.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va a expirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el mísero que espera
Para morir, despertar;
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho
Duerme en paz!, ¡y su dinero
El verdugo placentero
Entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal que vela
Un cadalso a levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo
El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida.
Recuerda
Y olvida,
Suspira,
Respira
Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frío,
Y en su horrible desvarío
Palpa en su cuello el dogal;
Y cuanto más forcejea,
Cuanto más lucha y porfía,
Tanto más en su agonía
Aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!*

O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La mujer que un tiempo amó,
Bella y dulce cual solía,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el abril galán mimó.

Y gozoso a verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano
Su esperanza a realizar,
Su ilusión la desvanece
De repente el sueño impío,
Y halla un cuerpo mudo y frío
Y un cadalso en su lugar.
Y oye a su lado en son triste
Lúgubre voz resonar:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van a ajusticiar!*

EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fui,
Y se evitan de odiarse a sí mismos,
Fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
Al poner en mi mano, me hicieron
Su vengador;
Y se dijeron:
«Que nuestra vergüenza común caiga en él;
Se marque en su frente nuestra maldición;
Su pan amasado con sangre y con hiel,
Su escudo con armas de eterno baldón
Sean la herencia
Que legue al hijo,
El que maldijo
La sociedad.»
¡Y de mí huyeron,
De sus culpas el manto me echaron,
Y mi llanto y mi voz escucharon
Sin piedad!!!
Al que a muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Que no es hombre ni siente el verdugo
Imaginan los hombres tal vez?
¡Y ellos no ven
Que yo soy de la imagen divina
Copia también!
Y cual dañina

Fiera a que arrojan un triste animal,
Que ya entre sus dientes se siente cruji,
Así a mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan al hombre que traen a morir.
Y ellos son justos,
Yo soy maldito,
Yo sin delito
Soy criminal:
Mirad al hombre
Que me paga una muerte; el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
¡A mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
Y del reo el histérico ¡ay!
Y el cruji de los nervios rompidos
Bajo el golpe del hacha que cae,
Son mi placer.
Y al rumor que en las piedras rodando
Hace, al caer,
Del triste saltando
La hirviente cabeza de sangre en un mar,
Allí entre el bullicio del pueblo feroz
Mi frente serena contemplan brillar,
Tremenda, radiante con júbilo atroz.
Que de los hombres
En mí respira
Toda la ira,
Todo el rencor;
Que a mí pasaron:
la crueldad de sus almas impía,
Y al cumplir su venganza y la mía
¡Gozo en mi horror!

Ya más alto que el grande que altivo
Con sus plantas hollara la ley,
Al verdugo los pueblos miraron
Y mecido en los hombros de un Rey;
Y en él se hartó,
Embriagado de gozo aquel día
Cuando expiró;
Y su alegría
Su esposa y sus hijos pudieron notar;
Que en vez de la densa tiniebla de horror,
Miraron la risa su labio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor.

Que el verdugo
Con su encono
Sobre el trono
Se asentó.
Y aquel pueblo
Que tan alto le alzara bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En él miró.

En mí vive la historia del mundo
Que el destino con sangre escribió,
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.
La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento
En mí todavía contempla existir;
Y en vano es que el hombre do brota la luz
Con viento de orgullo pretenda subir:
¡Preside el verdugo los siglos aún!
Y cada gota
Que me ensangrienta,
Del hombre ostenta
Un crimen más.
Y yo aún existo,
Fiel recuerdo de edades pasadas,
A quien siguen cien sombras airadas
¡Siempre detrás!

¡Oh!, ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mío, tan puro y gentil?
En tu boca la gracia de un ángel
Presta gracia a tu risa infantil.
¡Ay! tu candor,
Tu inocencia, tu dulce hermosura
Me inspira horror.
¡Oh! tu ternura,
Mujer, ¿a qué gastas con ese infeliz?
¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;
¡Ahógale y piensa será así feliz!
¿Qué importa que el mundo te llame cruel?
Mi vil oficio
Querrás que siga,
¡Que te maldiga
Tal vez querrás!

Piensa que un día
Al que hoy miras jugar inocente,
¡Maldecido cual yo y delincuente
También verás!!!!

A LA MUERTE DE TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS

Soneto

Helos allí: junto a la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, a España nombradía.

Ansia de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Espanoles, llorad; mas vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue a siervos y opresores,

Y los viles tiranos con espanto,
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

A LA MUERTE DE DON JOAQUÍN DE PABLO (CHAPALANGARRA)

Desde la elevada cumbre
Do el gran Pirene levanta
Término y muro soberbio
Que cerca y defiende a España,
Un joven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde allí su patria,
Desde allí do a su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,

De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara,
Solo entonces, contemplando
El suelo que ellos pisaran,
Y que aun torrentes de sangre
Recién derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y armas,
Se sienta en la alzada cima,
A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracán que brama,
Negra cítara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

«Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad.
Y vosotros, ¡oh nobles guerreros!
De la patria sostén y esperanza,
Abrasados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.»

CORO DE VÍRGENES

«Danos, noche, tu lóbrego manto;
Nuestras frentes enlute el ciprés.
El robusto cayó: su sepulcro
Del inicuo mancharon los pies.

Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odioso
En su lago su sed abrevó.
Cayó en ellos la gloria de España,
Cayó en ellas De Pablo valiente,
Y la patria, inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va a la tumba del fuerte varón.
Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,
Mientras ruge en la fúnebre losa,

Aherrojado a sus pies, el león.»

CORO DE MANCEBOS

«Traición solo ha vencido al valiente;
Sé nos astro de triunfo y de honor,
Tú, que siempre a los déspotas fuiste
Como a negras tormentas el sol.»

DESPEDIDA DEL PATRIOTA GRIEGO DE LA HIJA DEL APÓSTATA

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,
Y otra luz más amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

»Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,
Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!

»¿Por qué al nacer crüeles me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura?

»¿Por qué yo fui por mi fatal destino
Unido a ti desde la tierna cuna?
¿Por qué nos hizo iguales en riqueza
Y en linaje también mi desventura?

»¿Por qué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mutua
Ambos tejimos el infausto lazo
Que nuestras almas míseras anuda?

»¡Ah! para siempre adiós: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusión de la esperanza,
Y es vano amar sin esperanza alguna.

»¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

»Vil sumisión, y en sórdida avaricia
Vende su patria a las riquezas turcas.
Él apellida sacrosantas leyes
El capricho de un déspota; él nos juzga

»De rebeldes doquier: su voz comprada
Culpa a su patria y al tirano adula;
Él nos ordena ante el sultán odioso
Humilde miedo y obediencia muda.

»Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazón circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y bravura.

»No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes rüinas, áridas llanuras,
Cadáveres no más serán su imperio,
Será solo el señor de nuestras tumbas.

»Ya osan ser libres los armados brazos
Y ya rompen la bárbara coyunda,
y con júbilo a ti, todos ¡oh muerte!
y a ti, divina libertad, saludan.

»Gritos de triunfo, sacudido el viento
hará que al éter resonando suban,
O eterna muerte cubrirá a la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.

»Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.

»Con rabia oirá de libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.

»Y tu padre también, si ora imprudente
So el poder del Islam su patria insulta,
Pronto verá cuan formidable espada
Blande en la lid la libertad sañuda.

»Marcha y dile por mí que hay mil valientes,
Y yo uno de ellos, que animosos juran
Morir cual héroes o romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.

»Que aunque marcados con la vil cadena,
No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres
Las hace hervir aún: que nuestra furia

»Nos labrará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro o noble sepultura.
Dile que solo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,

»El alma de un apóstata que indigno
Llega sus labios a la mano impura,
Que de caliente sangre reteñida,
Nuevos destrozos a su patria anuncia.

»Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

»Pasado hubieran tan dichosos días!
¡Yo no llamara injusta a la fortuna!
¡Cómo entonces mi mano enjugaría
Las lágrimas que viertes de amargura!

»Tú padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
Cuando la Grecia la servil coyunda
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura

»De la alma libertad, pensó el inicuo

Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traición inmunda,

»Y desolar mi patria le ofrecía,
¡Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultán!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra,

»Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.
¡Ah! para siempre a Dios: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,

»Y va a arrancar tu corazón del mío,
Tan solo ahora una esperanza endulza.
Yo te hallaré donde perpetuas dichas
Las almas de los ángeles disfrutan.

»¡Ah! para siempre adiós... tente... un momento
Un beso nada más... es de amargura...
Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...
¡Ah! los martirios del infierno nunca

»Igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminara muerte aquí mi angustia,
Y aun muriera feliz! Mis ojos quema
Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas.

»¡Quién resistir podrá! Basta, la hora
Se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,

»La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!»

Dice, y se alejan. A esperar consuelo
La hija del Apóstata en la tumba;
Él batallando pereció en las lides,
Y ella víctima fue de su amargura.

¡GUERRA!

¿Oís? Es el cañón. Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañón venciendo,
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacía,
Arrogante en valor, omnipotente,
Terror de la insolente tiranía.

Rumor de voces siento,
Y al aire miro deslumbrar espadas,
Y desplegar banderas;
Y retumban al son las escarpadas
Rocas del Pirineo;
Y retiemblan los muros
De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando,
Brilla en los rostros el marcial contento,
Y donde quiera el generoso acento
Se alza de patria y libertad tronando.

Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos
y al mundo proclamemos:
«España es libre ya.»

¡Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas teñidos
Reír los forajidos,
Gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan sólo ponga
Su muerte a la contienda,
Y cada golpe encienda
Aún más nuestro rencor.

¡Oh! siempre dulce patria
Al alma generosa;
¡Oh! ¡siempre portentosa
Magia de libertad!
Tus ínclitos pendones
Que el español tremola,

Un rayo tornasola
Del iris de la paz.

En medio del estruendo
Del bronce pavoroso,
Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito que las almas
Inunda de alegría,
Tu nombre que a esa impía
Caterva hace temblar.

¿Quién hay ¡oh compañeros!
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir?
Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las armas despedir.

¡Al arma!, ¡al arma!, ¡mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudalosos ríos,
Y atónito contemple el Oceano
Sus olas combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.

Truene el cañón: el cántico de guerra,
Pueblos ya libres, con placer alzáad.
Ved, ya desciende a la oprimida tierra
Los hierros a romper, la libertad.

A LA PATRIA

Elegía

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente,
La nación cuyo imperio se extendía
Del Ocaso al Oriente!
¡Lágrimas viertes, infeliz ahora,
Soberana del mundo,
Y nadie de tu faz encantadora

Borra el dolor profundo!
Oscuridad y luto tenebroso
En ti vertió la muerte,
Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.
No perdonó lo hermoso, patria mía;
Cayó el joven guerrero,
Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.
So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,
Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.
¡Oh vosotros, del mundo habitadores,
Contemplad mi tormento!
¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?
Yo desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,
Perdida miro su primer valía
Y sus desgracias lloro.
Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,
Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.
Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;
Sus hijos fueron, mas traidora saña
Desbarató su bando.
¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!
¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?
¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado;
A sus ojos caídos tristemente
El llanto está agolpado.
Un tiempo España fue: cien héroes fueron
En tiempos de ventura,
Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.
Cual cedro que en el Líbano se ostenta,
Su frente se elevaba;
Como el trueno a la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.
Mas ora, como piedra en el desierto,

Yaces desamparada,
Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.
Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre yerba y arena,
Y el enemigo que tembló a su brío
Burla y goza en su pena.
Vírgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;
Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.
Desterrados, ¡oh Dios!, de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto.
¿Quién calmará, ¡oh España!, tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Londres

SONETO

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,
Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa.

Mas si el ardiente sol lumbre enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría.

Mas ¡ay! que el bien trocose en amargura,
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mía.

A UNA ESTRELLA

¿Quién eres tú, lucero misterioso,
Tímido y triste entre luceros mil,

Que cuando miro tu esplendor dudoso,
Turbado siento el corazón latir?
¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creíste
Eterna tu ventura que pasó?
Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició su pura juventud,
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.
Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Edén,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.
Y era tu luz voluptuosa y tierna
La que entre flores resbalando allí,
Inspiraba en el alma un ansia eterna
De amor perpetuo y de placer sin fin.
Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría;
Sólo un recuerdo al corazón quedó.
Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar;
Si amor aún al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay, lucero! yo te vi
Resplandecer en mi frente,
Cuando palpitar sentí
Mi corazón dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía
Con más brillante fulgor,
Mientras yo me prometía
Que jamás se apagaría
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y a mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así

Brillaste y en mi ilusión
Yo aquel esplendor te di,
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te vi?

Una mujer adoré
Que imaginara yo un cielo;
Mi gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.

Y tú fuiste la aureola
Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.

Y, astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida
A la luz de tus fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.

Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños,
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños,
¿Qué se hicieron?

Huyeron con mi ilusión
Para nunca más tornar,
Y pasaron,
Y sólo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.

¡Ah lucero! tú perdiste
También tu puro fulgor,
Y lloraste;
También como yo sufriste,
Y el crudo arpón del dolor
¡Ay! probaste.

¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura

Para hallar
Luto y tinieblas en ti,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?

Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor,
Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.

Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay! juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto:
Pues nuestra gloria pasó,
Juntos lloremos.

Mas hoy miro tu luz casi apagada,
Y un vago padecer mi pecho siente;
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.

¡Quién sabe!... tú recordarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor,
A ti tal vez te anunciará tu ocaso
Un Oriente más puro que el del sol.

A mí tan sólo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.

Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusión,
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazón.

Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
Ni me importa salvarme o zozobrar.

A JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y pósala en mi frente,
Que en un mar de lava hirviente
Mi cabeza siento arder.
Ven y junta con mis labios
Esos labios que me irritan,
Donde aún los besos palpitan
De tus amantes de ayer.

¿Qué la virtud, la pureza?
¿Qué la verdad y el cariño?
Mentida ilusión de niño
Que halagó mi juventud.
Dadme vino: en él se ahoguen
Mis recuerdos; aturdida,
Sin sentir, huya la vida;
Paz me traiga el ataúd.

El sudor mi rostro quema,
Y en ardiente sangre, rojos
Brillan inciertos mis ojos,
Se me salta el corazón.
Huye, mujer; te detesto,
Siento tu mano en la mía,
Y tu mano siento fría,
Y tus besos hielo son.

¡Siempre igual! Necias mujeres,
Inventad otras caricias,
otro mundo, otras delicias,
¡O maldito sea el placer!
Vuestros besos son mentira,
Mentira vuestra ternura,
Es fealdad vuestra hermosura,
Vuestro gozo es padecer.

Yo quiero amor, quiero gloria,
Quiero un deleite divino,
Como en mi mente imagino,
Como en el mundo no hay;
Y es la luz de aquel lucero
Que engañó mi fantasía,
Fuego fatuo, falso guía
Que errante y ciego me tray.

¿Por qué murió para el placer mi alma,
Y vive aún para el dolor impío?

¿Por qué, si yazgo en indolente calma,
Siento en lugar de paz árido hastío?

¿Por qué este inquieto abrasador deseo?
¿Por qué este sentimiento extraño y vago
Que yo mismo conozco un devaneo,
Y busco aún su seductor halago?

¿Por qué aún fingirme amores y placeres
Que cierto estoy de que serán mentira?
¿Por qué en pos de fantásticas mujeres
Necio tal vez mi corazón delira,

Si luego en vez de prados y de flores
Halla desiertos áridos y abrojos,
Y en sus sandios o lúbricos amores
Fastidio sólo encontrará y enojos?

Yo me arrojé, cual rápido cometa,
En alas de mi ardiente fantasía,
Do quier mi arrebatada mente inquieta
Dichas y triunfos encontrar creía.

Yo me lancé con atrevido vuelo
Fuera del mundo en la región etérea,
Y hallé la duda, y el radiante cielo
Vi convertirse en ilusión aérea.

Luego en la tierra la virtud, la gloria
Busqué con ansia y delirante amor,
Y hediondo polvo y deleznable escoria
Mi fatigado espíritu encontró.

Mujeres vi de virginal limpieza
Entre albas nubes de celeste lumbre;
Yo las toqué, y en humo su pureza
trocarse vi, y en lodo y podredumbre.

Y encontré mi ilusión desvanecida,
Y eterno e insaciable mi deseo;
Palpé la realidad y odié la vida:
Sólo en la paz de los sepulcros creo.

Y busco aún y busco codicioso,
Y aún deleites el alma finge y quiere;
Pregunto, y un acento pavoroso
«¡Ay! -me responde-, desespera y muere.

»Muere, infeliz: la vida es un tormento,
Un engaño el placer; no hay en la tierra
Paz para ti, ni dicha, ni contento,
Sino eterna ambición y eterna guerra.

»Que así castiga Dios el alma osada,
Que aspira loca, en su delirio insano,
De la verdad para el mortal velada,
A descubrir el insondable arcano.»

¡Oh, cesa! No, yo no quiero
Ver más, ni saber ya nada;
Harta mi alma y postrada,
Sólo anhela el descansar.

En mí muera el sentimiento,
Pues ya murió mi ventura,
Ni el placer ni la tristura
Vuelvan mi pecho a turbar.

Pasad, pasad en óptica ilusoria,
Y otras jóvenes almas engañad;
Nacaradas imágenes de gloria,
Coronas de oro y de laurel, pasad.

Pasad, pasad, mujeres voluptuosas,
Con danza y algazara en confusión;
Pasad como visiones vaporosas
Sin conmover ni herir mi corazón.

Y aturdan mi revuelta fantasía
Los brindis y el estruendo del festín,
Y huya la noche y me sorprenda el día
En un letargo estúpido y sin fin.

Ven, Jarifa; tú has sufrido
Como yo; tú nunca lloras;
mas, ¡ay triste!, que no ignoras
Cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
En vano el llanto contiene...

Tú también, como yo tienes,
Desgarrado el corazón.